

La Enseñanza.



REDACCION.

Señorita Angela Lozano.
Manuel Orozco y Berra.
Hilarion Frias y Soto.
Manuel Peredo.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

EDITOR PROPIETARIO, N. OIL.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO IV. }

MÉXICO, OCTUBRE 1º DE 1874.

{ NUM. 69.

LA CAIDA DE LAS HOJAS.

(POR TH. LALLY.)

Uno de los fenómenos mas característicos de las regiones templadas de nuestro globo, es la caída de las hojas á una época periódica.

Desde el mes de Setiembre el bosque se reviste de brillantes colores; al tinte oscuro de su manto, añade la púrpura y el oro; se diría que en el momento de dejar caer sus adornos, nos los quiere mostrar bajo nuevos aspectos aun mas seductores. Por una sublime combinacion de las magnificencias de la naturaleza, el sol que abandona de dia en dia nuestro cielo, vierte una luz mas dulce y al retirarse parece incendiar con sus reflejos las cimas teñidas de púrpura de los grandes árboles.

Mas este brillante espectáculo de las tardes de otoño, dura solo algunos dias. Bien pronto las doradas hojas se desprenden, produciendo un ruido seco particular, rebotan de rama en rama, caen y se amontonan en el suelo, donde en breve, humedecidas por las lluvias, se trasforman en humus silvestre.

Todos los poetas han cantado la caída de las hojas. Todos nosotros al pasear por un bosque desnudo de follaje, nos hemos sentido conmovidos de una

extraña melancolía, al remover con los piés aquel tapiz crugiente.

A los alegres cantos de las aves, suceden mil ruidos misteriosos que vienen de tiempo en tiempo á romper el silencio que llena el bosque. Se creeria que la naturaleza, despues de habernos prodigado sus flores primaverales, sus deliciosos perfumes en estío, sus frutos sazonados en otoño, se reconcentra en sí misma y guarda todas sus fuerzas para afrontar los rigores del invierno y poder con toda seguridad colmarnos con nuevos dones en la siguiente primavera.

Pero no solo el poeta se conmueve cuando mira caer las hojas; el naturalista tambien quiere explicarse la razon de este extraño fenómeno.

¿Por qué caen todas las hojas anualmente y en una misma época? Me responderéis acaso: porque envejecen, se desecan y mueren.

Sí; ciertamente que todo en este mundo obedece á esa ley inmutable fijada por el Creador. Todo nace, vive y muere, las hojas, como todos los demás seres. Sin embargo, sabemos que en las regiones tropicales los árboles no pierden su follaje sino al cabo de un tiempo mas ó ménos largo, y que no todos se despojan al mismo tiempo. Aun en nuestro país vemos algunos árboles como los corníferos,

que conservan sus vestiduras durante el invierno.

Así como las golondrinas y los otros pájaros que no pueden soportar el rigor de nuestro invierno, guiados por un instinto admirable, dejan nuestras latitudes ántes que nada nos anuncie la aproximacion del frio, así tambien los árboles, no esperan su venida para prepararse á la lucha. Se apresuran á despojarse de sus hojas, órganos delicados que durante el calor les han servido para aspirar los gases necesarios á su vida, pero que venido el frio, se podririan adheridas al tronco, comprometiendo la existencia de los futuros retoños.

¿Por qué hacen esto? Suspendiendo la actividad de su sávia, la concentran toda en el tronco. Las hojas, privadas de su alimento, se secan, y ayudadas por la naturaleza que les ha preparado un lugar de ruptura en la base de su tallo, se desprenden casi simultáneamente y se amontonan al pié del árbol. Allí, sus capas espesas, conservan un suave calor, preservando á las raíces del frio y suministrándoles por su descomposicion jugos nutritivos.

Así es como el Creador en su admirable prevision, dando al árbol la gracia y la delicadeza, proporcionó á ese sér inmóvil, encadenado al suelo, los medios de defenderse contra los rigores del invierno.

EL DIA DE UN NIÑO.

I

—Vamos, niño, ya es hora de levantarse: abra vd. los ojos, amiguito, que ya es de día claro.

—Buenos días, aya; ¿cómo has pasado la noche?

—Muy bien, ¿y el niño cómo ha dormido?

—Toda la noche, de un sueño; ¡estaba tan cansado del paseo de ayer!

—Bien, pues ahora es preciso levantarse; los niños no deben tener pereza.

—Sí, sí, quiero levantarme; tráeme la ropa.

—Aquí está ya, toda preparada.

—Espera á ver si me pongo yo solo mis pantalones.

—Perfectamente; ¡caramba y cómo crece el niño! pronto será un hombre hecho y derecho. Vamos, ahora que ya está vd. vestido, á rezar el himno. De rodillas, así, juntas las manitas: ¡ea! empiece vd.

Señor de los cielos,
Que dulces consuelos
Derramas benéfico
En mi corazón.

En ofrenda pura
De amor y ternura,
Te ofrezco mi cándida
Primera oración.

Lleno de alegría,
Al nacer el día,
Llevo mi súplica
Al Dios de bondad.

¡Oh, Dios poderoso!
Bendice piadoso
Mi canto de júbilo,
Bendice mi edad.

Mi alma ilumina,
Mis pasos inclina
De virtud angélica
Hacia el sumo bien.

Hasta que propicio,
Exento del vicio,
En mansion seráfica
Te goce también.

—¡Muy bien, guapo niño! Ahora á lavarse y á peinarse.

II

—A lavarse las manos y la cara en esta agua tan fresquita. ¡Qué! ¿tiene el niño miedo á el agua? Será vd. como otros niños que gritan y lloran cuando su aya los lava y los peina? El que no se lava la cara y las manos, nunca parece bonito: al contrario muy feo, muy feo. Nadie quiere acercarse á él, nadie le acaricia, ni aun su mamá quiere darle un beso! Todos dicen al verle: ¡qué asco!... ¡Jesus! ¡qué niño tan cochino! sin duda será muy malo cuando no deja que le laven la cara. Y bien ¿qué quiere vd. mas, estar limpio ó estar cochino?

—No, no, mira cómo me lavo.

—Así me gusta: ahora póngase vd. aquí enfrente de mí, para irle atusando el pelo. Así, bien derecho. Yo quiero que mi niño esté siempre muy limpio, su vestido aseado, las manos y la cara bien lavadas y relucientes como la cera. ¡Oh! ¡qué parece un niño curioso! ¡qué amable! todos quieren besarle y todos los otros niños desean jugar con él.

Ahora vamos á dar los buenos días á la mamá y saludarla con mucha cortesía, sin bajar la cabeza, ni murmurar las palabras; pero ántes es preciso arreglar un poco la habitación, y poner cada cosa en su sitio: las ropas á un lado, los juguetes al otro, así lo tendremos todo á la mano cuando queramos buscarlo. Si todo anda revuelto, se busca inútilmente lo que nos hace falta, y ni aun se acuerda uno siquiera del sitio en que lo dejó. Es preciso acostumbrarse desde pequeñito á ejecutar este arreglo por sí mismo. ¡Tal vez no podrá vd. tener siempre á su lado una aya que le sirva y tanto le quiera como yo!

III

—¡Buenos días, mamá! ¿cómo ha pasado vd. la noche?

—Bien, hijo mio. ¡Oh! ¡qué bonito estás y qué aseado!

—Ven sobre mis rodillas y dame un abrazo: así, así, muy apretado. ¿No es verdad que me quieres mucho?

—Mucho, mucho, á vd. y á mi papá los quiero mas que á nadie de este mundo.

—Sí, lo creo: arrima tu sillita y siéntate á mi lado, que te voy á hablar como si fueses una persona formal. Mira, todos los niños quieren mucho á su padre y á su madre, porque los cuidan cuando son chiquititos, los mecen en la cuna, los llevan en sus brazos, los alimentan, les dan educación.....

—Y les compran juguetes muy bonitos.

—Les proporcionan todo cuanto puede convenirles, en una edad en que ellos son incapaces de conocerlo; por eso los niños cuando van siendo mayores, van amando cada vez mas á sus padres, porque conocen el cuidado que han tenido de ellos en la niñez, y procuran pagarles del mismo modo cuando los papás van ya siendo viejos. Siempre los obedecen con respeto....

—Mamá, yo siempre haré muy contento lo que vd. me mande.

—Pues quiero que ames y obedezcas como á mí, á tu aya, á la pobre María, que te quiere tanto y tiene el mayor cuidado de tí. Ella me suple á mí en todo y debes estarla muy agradecido, porque hace por tí mas que lo que es de su obligación.

—No tendrá vd. queja de mí, mamá.

—Pues bien, para eso es preciso no pretender salirte con tus caprichos contra lo que ella te diga, ni ponerte á llorar porque te lleve temprano á la cama, ni mandarla las cosas con altanería: mira que tiene orden de no ejecutar las cosas que la mandes sin buen modo. Mírala; ya viene allí para llevarte á desayunar; pero ántes vuélveme á dar otro abrazo.

IV

—Ya está el desayuno dispuesto: siéntese vd. á la mesa. Cuidado con verter la leche, ni arrojar por el suelo migas de pan. Se come muy despacio, sin meter ruido con la cuchara, y si la leche está aún muy caliente, se va despacio, esperando que se enfríe. Los niños que no tienen paciencia para comer, se suelen abrasar el gaznate.

—¡Calla! mira el perro por dónde se ha entrado. Toma, *Milord*, vamos aquí: yo no le tengo miedo, porque nunca me ha hecho mal.

—El perro es un animal muy cariñoso y gusta de jugar con los niños: algunos hay que le tiran piedras y le dan con un palo, pero mi niño no será de ese número. Ahora lo que el animal quiere, bien se deja conocer; déle vd. una sopa del almuerzo.

—¡Hola! te gusta!... ¡eh!... meneas la cola; vaya, toma otra: mira cómo me lame la mano.

—El pobre animal no tiene otro modo de manifestaros su agradecimiento.

—Aya, ¿qué es lo que hace aquella chica asomándose por la reja?

—¡Ah! es una pobrecita que pide limosna: todavía no habrá comido nada hoy y está llorosa: parece que está diciendo:—«Señorito, tengo hambre.»

—Abreme la vidriera que voy á darle un pedazo del panecillo. Toma, pobrecita..... ¡Caramba! qué contenta se ha puesto. Se marcha corriendo sin catar el pan.

—Puede que vaya á llevárselo á sus hermanitos. ¿Quién sabe? El hecho es que ella se marcha muy alegre y vd. debe estarlo aun mas por haberla socorrido.

V

—Pepito, tenemos que dar la lección.

—Ya lo sé, querida aya.

—Acerque vd. su silla á esta mesa, que ya tengo el libro preparado y el puntero en la mano para ir marcando las sílabas. Pronto leerá vd. palabras enteras, y entonces ya casi sabrá vd. leer como su papá, como su mamá, como yo, como todo el mundo. ¡Qué placer es el de la lectura! ¡Si vd. supiera cuánto instruye y divierte!

—¿Es muy divertido el leer?

—Muchísimo, como que se encuentran en los libros historias muy bonitas, que algunos hombres amantes de los niños han compuesto para su recreo

é instrucción, acomodándolas á la capacidad y costumbres de sus amables lectorcitos. Este que yo tengo aquí es cabalmente uno de esos libros; tiene historias muy lindas, y cuando le lea vd. todo, encontrará en él las cosas mas interesantes á su edad.

—Entonces me daré mucha prisa á aprender, y no seré como mi primo Luis, que se pone triste cuando le mandan leer y se duerme de fastidio sobre el libro.

—Eso consiste en que no han sabido inspirarle gusto á la lectura y la mira como una ocupacion enfadosa; pero si él supiera que no hay cosa que mas agradablemente entretenga, no se fastidiaría tanto. Pero empecemos ya:

Una mañana temprano entró Felipe en la habitación de su hermana Anita, apenas ésta acababa de vestirse. Al ver aquel niño rubio y colorado con el semblante afligido, y al ver que con la manga de la camisa se enjugaba las lágrimas que se desprendían de sus hermosos ojos, acudió Anita sobresaltada y cogiendo al niño en sus brazos, le preguntó:

—¿Qué tienes, Felipe? ¿Por qué lloras?

—Lloro porque padre me ha pegado.

—¿Y por qué te ha pegado?

—Porque estaba llorando.

—¿Pero entonces por qué llorabas?

—Porque el gato se ha comido mi conejo.

—¿Qué conejo?

—Un conejo muy bonito que me dieron ayer en casa de los primos. ¡Tan bonito! Blanco con manchas negras y de color de canela. Yo dije para mí: este se lo voy á regalar á mi hermanita y le escondí anoche para que no le vieras, porque te lo iba á dar cuando viniese á darte los buenos días; pero ha ido el pícaro gato, y encontrando el escondite, ha matado al pobre conejo. Cuando yo fui á buscarle, ya se lo estaba comiendo.

—¡Pobre conejito!

—Yo que estaba tan contento por hacerte ese regalo, cuando le he visto entre las uñas del gato he llorado tanto, que padre, que estaba escribiendo, al ver que yo no callaba, me ha dado un bofetón diciendo que me fuese á llorar á otra parte.

—Pobrecito Felipe, y por mi causa has tenido ese disgusto.

Al decir esto Anita, enjugaba con la punta de su delantal de seda las lágrimas que se desprendían de los ojos de su hermano, y sentándole sobre sus rodillas le daba de besos en la frente.

—¡Vaya! ¡vaya! ¿y dices que era blanco con manchas negras y de color de canela? Entonces era un conejo de Indias. ¡Qué lástima!

—Al oír esto Felipe, volvió á llorar con mas fuerza

—No, no te desconsueles. Mira, si hemos perdido ese conejito, no tengas cuidado, porque yo traeré á casa otros tan bonitos y mas útiles. Te prometo que te he de traer una coneja blanca como la nieve que parirá de una vez doce hijitos. Ya verás entonces qué gusto es verlos salir y correr tan chiquitos y tan monos, cuando vayamos á llevarles las hojitas de su comida.

Felipe se habia olvidado de llorar y escuchaba á su hermana atentamente, fijando en ella sus rasgados ojos negros. Para entretenerle y que no se acordara del llanto, continuó ella diciendo:

—El conejo es uno de los animales que mejor cuidan de sus hijitos. Los que crían en las casas, se ven ayudados por los dueños que les proporcionan camas y madrigueras; pero los que se crían en el campo tienen que escarvar una cueva con muchas revueltas para conservar la prole. La madre recoge provisiones para el tiempo del parto en que no podrá salir, y se arranca pelos del vientre para cubrir la cama de sus hijuelos. No los deja salir de la madriguera, hasta que ya están fuertecitos y pueden roer las yerbas y raíces, y aun entonces el padre los va acompañando para sostenerlos y defenderlos. La madre también concurre á la faena, acariciando al padre cual si le agradeciese el bien que hace á los hijitos.

—¿Con que los conejitos ya conocen á su padre y á su madre?

—Los conocen y los siguen y aun nos pueden ser-

vir de ejemplo de cómo los respetan. Para que veas que no te engaño, te voy á leer aquí un poco en este libro y veras lo que dice.

Sacó Anita de su papelería un tomito de la obra del conde de Buffon, le abrió por donde había una estampa con los conejos, y despues que los enseñó á su hermano, leyó así:

«Mis conejos han tenido siempre la mayor deferencia para con su progenitor. Aunque la familia se aumentase, todos le estaban subordinados. Cuando refían por la comida ú otra causa, el abuelo, al sentir el ruido, acudía corriendo, y al verle, todos se aquietaban porque si no, les daba castigo en el momento mismo. Al entrar en la madriguera, aunque el abuelo llegase el primero, dejaba que todos desfilasen delante de él, para entrar el último.»

Hé aquí cómo dirigido el estudio de la historia natural hácia un objeto filosófico, puede ofrecer hasta lecciones de moral.

No era necesario advertir que para completa satisfaccion de Felipe, Anita dejó el libro en sus manos hasta que hubo mirado todas las estampas.

—Muy bien, amiguito: quedo satisfecha de la leccion de este dia.—¡Ah! el papá nos estaba escuchando!

(Continuará.)

Las ruedas del reloj.

(FABULA.)

Un reloj de pared, de antigua forma,
Pero muy bueno y de relojes norma,
—(Si era bueno, era inglés, dicho se quede)—
En cierto comedor colgado estaba,
Y en la esfera las horas señalaba
Con cuanta precision pedirse puede;
Pero una vez armaron pelotera
Las ruedas allá dentro, en tal manera,
Y con tal insistencia y tal porfía,
Que el reloj en el acto
Dejó de ser exacto,
Merced á tan confusa algarabía.

Una de ellas gritó: «Por vida mía,
Que aunque á mí todas me teneis debajo,
Más que todas tambien remo y trabajo,
Pues yo soy la que sufro todo el peso
De la piedra mayor.»

—«Yo te confieso

Que eso será verdad, otra decía;
Pero el trabajo mio un solo dia
Al tuyo es superior de una semana,
Puesto que soy la que, llegando el plazo,
¡Tric! ¡Trac! levanto el mazo,
Y hago con él que suene la campana.»

—«¿Pues y yo? otra le dijo:
¿No valgo más que tú, si bien colijo?
¿No soy yo la que discreta
Muevo directamente la saeta,
Y á todas juntas silenciosa igualo?
Yo no hago tric ni trac, ni ruido alguno;
Mas si mi paso veis, siempre oportuno,
Vereis las horas donde yo señalo.»—

Tal era la pendencia
Que las ruedas movian,
Disputándose el lauro y preferencia
Que para sí no mas todas querian.
Amoscáronse al fin, y terminaron
La contienda empezada
Por no ayudarse en nada ni por nada,
Y todas juntas el reloj pararon.

—«¿Qué es esto? dijo el dueño,
Al contemplar un dia
Su falta de concordia y armonía:
¿En pararme el reloj teneis empeño?
Pues cuidado conmigo, enredadoras,
Porque ó volveis á regular las horas
Como siempre lo hicisteis, ó en castigo
De no escuchar mis voces y consejos,
Os llevo á la primera prendería
Que me pueda vengar de tal porfía,
Y os vendo á todas como trastos viejos.»

Oir esto las ruedas,
Y dejar de estar quedas
Y volver á girar, fué todo uno,
Sin que ya en tiempo alguno
Volvieran á mover otro altercado,
Siendo inútil decir, visto el suceso,
Que ellas ganaron tanto al hacer éso,
Como el mismo reloj, ántes parado.—

¿Quereis vivir en sociedad, mortales?
Pues consagradle todos
Vuestro auxilio y apoyo individuales.
Esa es verdad sabida hasta los codos;
Pero bueno es decirlo de cien modos:
¿QUEREIS LA SOCIEDAD? PUES SED SOCIALES.

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO V.

DEL MODO DE CONDUCCIRNOS EN SOCIEDAD.

ARTICULO I.

DE LA CONVERSACION.

SECCION SEXTA.

De la atencion que debemos á la conversacion de los demas.

I

Prestemos una completa atencion á la persona que lleve la palabra en una conversacion general, y á la que nos hable particularmente á nosotros; dirigiendo siempre nuestra vista á la suya, y no apartándola sino en aquellas breves pausas que sirven de natural descanso al razonamiento.

II

Es un acto impolítico, y altamente ofensivo á la persona que nos habla, el manifestar de un modo cualquiera que no tenemos contraída enteramente la atencion á lo que nos dice, como ejecutar con las manos alguna operacion, tocar con los dedos sobre un mueble, jugar con un niño ó con un animal, fijar la vista en otro objeto, etc.

III

La urbanidad exige que manifestemos tomar un perfecto interes en la conversacion de los demas, aun cuando no nos sintamos naturalmente movidos á ello. Así nuestro continente deberá participar siempre de las mismas impresiones que experimente la persona que nos habla, sobre todo cuando nos refiere algun hecho que la conmueve, ó nos discurre sobre un asunto patético de cualquier especie.

IV

No quiere decir esto que debamos contribuir á aumentar la exaltacion del que nos refiere la ofensa que ha recibido, ni la amargura del que nos habla de sus desgracias. Por el contrario, debemos siempre tratar de calmar al uno, y de consolar al otro, con palabras y observaciones delicadas y oportunas; pero seria grande incivilidad é indolencia manifestarnos serenos y tranquilos con el que está agitado, alegres con el que está triste, mustios y displicentes con el que se muestra animado y contento.

V

De la misma manera nuestra atencion de corresponder siempre á las miras del que habla, ó al espíritu de su conversacion; manifestándonos admirados ó sorprendidos, cuando se nos refiera un hecho con el carácter de extraordinario, y compadecidos, si el hecho es triste y lastimoso; aplaudiendo aquellos rasgos que se nos presenten como nobles y generosos, celebrando los chistes y agudezas, y manifestando siempre, en suma, con naturalidad

y sencillez, todos los afectos que la persona que nos habla ha esperado excitar en nuestro ánimo, aun cuando no haya sido feliz en la eleccion de los medios.

VI

La distraccion incluye casi siempre una grave falta, que puede conducirnos á lances de una desagradable trascendencia, por cuanto indica generalmente menosprecio á la persona que nos habla, y no siempre encontramos indulgencia en el que llega á creerse de esta suerte ofendido. Las frecuentes preguntas sobre la inteligencia de lo que se nos está hablando, la excitacion á que se nos repitan palabras ó frases de fácil comprension, y una mirada fija, inanimada é inteligente, revelan distraccion en el que oye; y nada puede haber mas desatento ni mas bochornoso, que llegar á un punto de la conversacion en que nos toque hablar ó contestar una pregunta, y tener que confesar nuestra incapacidad de hacerlo, por haber permanecido extraños á los antecedentes.

VII

Hay personas que contraen la costumbre de desatender completamente al que refiere una anecdota, desde el momento en que principia á hablar, para ocuparse en recordar los pormenores de otra que desde luego se propone referir. Además de ser este un acto de incivilidad y menosprecio, él puede dar origen, como se ha visto mas de una vez, á la mas ridícula de todas las faltas de este género, cual es la de repetir precisamente el mismo hecho que acaba de relatarse.

VIII

Quando una persona con quien tengamos poca confianza nos refiera algun suceso de que ya estemos impuestos, conduzcámonos en todo como si hasta aquel momento lo hubiésemos ignorado.

IX

Aunque al principiar una persona la relacion de un hecho notemos que no está tan bien impuesta como nosotros de todas sus circunstancias, guardémonos de arrebatarle el relato para continuarlo nosotros, si ella no llega á encontrarse en el caso que queda previsto en el § 7º de la seccion 5ª.

X

Si la persona que narra un acontecimiento entra en pormenores inconducentes, se extravía en largas digresiones, ó de cualquiera otra manera hace difusa y pesada su narracion, no le manifestemos que estamos fastidiados, ni la excitemos á concluir, con palabras ó frases que tengan evidentemente esta tendencia, sobre todo si es una señora, un anciano, ó cualquiera otra persona digna de especial consideracion é indulgencia.

XI

Por regla general jamás interrumpamos de modo alguno á la persona que habla. En los diálogos rápidos y animados, en que se cruzan las observaciones con demasiada viveza, suelen ser excusables aquellas ligeras é impremeditadas interrupciones que nacen del movimiento mismo de la conversacion. En todo otro caso, este acto está justamente considerado como incivil y grosero, y por lo tanto proscrito entre la gente fina.

XII

La mas grave, acaso, de todas las faltas que pueden cometerse en la sociedad, es la de desmentir á una persona, por cuanto de este modo se hace una herida profunda á su carácter moral; y no creamos que las palabras suaves que se empleen puedan en manera alguna atenuar semejante injuria. Es lícito en ciertos casos contradecir un relato equivocado; mas para ello deberemos tener muy presentes las reglas que acerca de este punto quedan establecidas, y sobre todo, la estricta obligacion en que estamos de salvar siempre la fé y la intencion de los demas.

XIII

No está admitido contradecir en ningun caso á las personas que se encuentran en un círculo de etiqueta, ni á aquellas que están constituidas en alta dignidad. Lo que generalmente autoriza para contradecir es la necesidad de vindicar la ajena honra, cuando delante de nosotros puede quedar en alguna manera vulnerada; mas en sociedad con tales personas no hay lugar á esto, porque de ellas no podemos oír jamás ninguna palabra que salga de los límites de la mas severa circunspeccion.

XIV

Cuando una persona se manifiesta seriamente interesada en el asunto de que habla, es una incivildad llamar su atencion para referirle una anécdota, ó para que nos oiga una ocurrencia chistosa; y todavía lo es mucho mas hacer degenerar su conversacion, dándole por nuestra parte un carácter burlesco, aun cuando pretendamos de este modo distraerla de ideas que la agiten ó la tengan apesada.

XV

Es asimismo incivil, cuando una persona nos refiere algo á que presta entera fé, el contestarle bruscamente oponiéndole nuestra incredulidad ó nuestras dudas. El que cree firmemente lo que refiere, se siente siempre mortificado, si para advertirle su engaño no procedemos con mesura y cortesía, y si no reconocemos, por lo ménos, la verosimilitud de aquello que ha creído.

XVI

Cuando por algun motivo nos sea desagradable el asunto de que nos hable una persona, y creamos prudente variar de conversacion, no lo hagamos repentinamente, ni valiéndonos de ningun medio que pueda dejar entrever la intencion que nos guía. A ménos que el asunto produzca en nosotros una impresion demasiado profunda, pues entónces nos es lícito manifestarlo francamente, y aun alejarnos con cualquier pretexto razonable.

XVII

Siempre que oigamos una palabra ó frase que solo admita una inteligencia absurda, procuremos discretamente hacer que la persona que nos habla nos repita el concepto; pues sería para ella ofensivo que la considerásemos capaz de expresarse de semejante modo, cuando en realidad no hubiese habido de su parte sino una simple equivocacion.

XVIII

Guardémonos de darnos por entendidos, y sobre todo de reirnos, de alguna palabra ó frase poco culta que involuntariamente se escape á la persona que habla.

XIX

Finalmente, son faltas contra la atencion que debemos prestar á la persona que habla, 1º, interrumpirla á cada instante con las palabras *si, si señor*, y otras semejantes; 2º, emplear, para excitarla á repetir lo que no oimos claramente, las palabras *¿cómo? ¿eh?* y otras que indican poco respeto; 3º, suministrarle las palabras que ha de usar, cuando se detiene algunos instantes por no encontrarlas prontamente; 4º, corregirle las palabras ó frases, cada vez que incurre en una equivocacion; 5º, usar con frecuencia de interjecciones, y de palabras y frases de admiracion ó de sorpresa.

Los ojos y la nariz.

[FABULA.]

Cansada un dia de llevar anteojos,
Dicen que dijo un dia
La nariz á los ojos:
«Carga es aquesta que me causa enojos,
Y no la llevo más por vida mia.
¿Qué fruto saco yo de ser paciente?

Hacer á ustedes ver la luz del cielo
Por uno y otro lente,
Sin que nunca premiair vea mi cielo,
Ni agradecer siquiera afan tan rudo.»

Dice, dá un estornudo,
Y héte en su pós las gafas en el suelo.

De su auxilio privadas,
No ven los ojos, aunque dan miradas;
Ni el pobre pié, que dónde quier tropieza,
Sabe á dónde sus pasos endereza:
Por fin, el cuerpo todo,
Andando aquí y allá como un beodo,
Contra una esquina dá descomulgada,
Y en ella la nariz queda aplastada.—

*Ahora bien, buen lector, ¿qué es lo que dices?
¿No es verdad que este cuento,
Si lo rumias atento,
Además de moral tiene narices?*

AFORISMOS ANTIGUOS Y MODERNOS SOBRE LA EDUCACION.

No hables mal de los muertos; enseña el camino á los que van por una vía errada; no estés en mala compañía; reverencia á Dios; honra á tus padres. Infame sea el que pega á su padre ó madre.—SOLON.

Los hijos y discípulos deben respetar á sus padres, á sus maestros y aun el lugar donde se les ha enseñado.

La gratitud, es no solamente una de las mayores, sino la madre de todas las virtudes.

¿Qué es la piedad sino la obediencia que por gratitud se dá á los padres?

¿Quiénes son los que se muestran buenos ciudadanos en la guerra y en la paz? Los que son agradecidos á los beneficios que han recibido de la madre patria.

¿Quiénes son los piadosos y los que respetan la religion? Los que son agradecidos á los dioses inmortales.

¿Qué placer hay en la vida sin la amistad? ¿Y cómo es que pueda existir la amistad entre los ingratos?

¿Quién es aquel que habiendo recibido una noble educacion, no conserve un recuerdo de gratitud hácia sus maestros y guías y aun al silencioso recinto donde fué enseñado?—CICERON.

Los discípulos deben respetar á sus maestros como á sus padres espirituales, en proporcion á la mayor escrupulosidad que tengan en el cumplimiento de su deber.

No solo demanda este piadoso sentimiento la naturaleza de la relacion entre maestro y discípulo, sino que ayuda á los fines de la educacion; porque los discípulos ponen mas confianza en las palabras de los maestros á quienes respetan, les obedecen mas implícitamente, tienen mayor gusto en oír sus instrucciones, y hacen mayores esfuerzos para obtener su aprobacion.—QUINTILIANO.

Los que están al principio de la vida, en la juventud, deben mirar hácia adelante por el camino que han seguido sus padres; y si han caminado recto, seguir sus pasos.

Pero nosotros los padres, que estamos en la tarde y en el crepúsculo de nuestros dias, miremos atrás, hácia el sol naciente, nuestros hijos, y digámosles: «¡Aquí, no allá. ¡Por este camino!» para que ellos sigan rectamente y no entren en sendas extravías.

Si sois cristianos, vivid como cristianos.

Examinad diariamente vuestra vida, para ver si habeis faltado y en qué contra la ley del Señor.

Hacer esto, es empezar á convertirse.—MOSCHEROSCH.

Los padres ancianos, son el mas honroso adorno de los hijos; su mas noble placer, está en los venerables antecesores.

Los padres y abuelos son seres sagrados mucho mas respetables que las inmóviles estatuas de los dioses.

Honrándoles hacemos una acción agradable á Dios.

Y por otro lado, nada es mas peor para los hijos, que la maldicion de un padre ó de una madre.

Porque los dioses oyen los ruegos de los padres.

Por tanto, nunca deben los hijos hablar de sus padres, sino con el mayor respeto; porque Nemesis castiga severamente aun el descuido y las palabras ligeramente dichas.—PLATON.

Los que no son obedientes y agradecidos á sus padres y maestros, no poseen la paz interior del alma.—SÉNECA.

LOS JUEGOS.

LA CUERDA.

Saltar en la cuerda, de los diferentes modos que esto se ejecuta, es uno de los ejercicios á que los niños tienen grande inclinacion. Es juego que contribuye mucho al equilibrio y á la agilidad del cuerpo, y tan conocido, que apenas necesita descripcion.

Emilio era, entre todos los niños que yo he conocido, el que mejor sabia saltar con la cuerda, y para hacerlo, buscaba una de tales dimensiones, que le permitiesen saltar sin encorvar el cuerpo, ni fatigarse mucho. Elegía para dar el salto el momento mismo en que la cuerda tocaba al suelo ó pasaba rozando con él. Cuando redoblaba el movimiento circular de la cuerda, levantaba muy poco los piés del suelo, y sin doblar las rodillas; pero cuando la cuerda iba muy despacio, levantaba mas los piés y el brinco era mas sostenido.

Empezaba saltando mas ó ménos aprisa sobre un mismo terreno, despues iba corriendo y saltando, despues cruzaba y descruzaba los brazos, cambiando la posicion de la cuerda, y la hacia girar con velocidad extraordinaria.

En las niñas es todavía mas vistoso el juego de la cuerda, por las elegantes actitudes que les hace tomar, ostentando lo esbelto de su talle y manifestándose ligeras sin dejar de ser graciosas.

Hay una variedad en este juego, en la que no es la misma persona que salta la que mueve la cuerda, sino que ésta es movida por otras dos que la tienen asida cada una de su punta. Entónces, como no hay que cuidar de la cuerda, pueden saltar dos y tres niños á la vez; pero es fácil se tropiecen, y en todo caso, se debe elegir una cuerda muy larga, á pesar de que siempre es mas difícil ponerla en movimiento.

La cuerda puede *ir y venir*, ó lo que es lo mismo, ser movida á modo de columpio; puede dar *vuelta entera*, como cuando la mueve el mismo que salta; puede *ganar terreno* andando hácia adelante los que la mueven y por consiguiente el que salta, y puede *girar* permaneciendo inmóvil uno de los que mueven la cuerda, mientras que el otro gira trazando círculo alrededor, hasta volver al mismo punto.

Los niños ó niñas que mueven la cuerda, deben hacerlo acompasadamente, sin separar mucho el brazo del costado, sin sacudirlo bruscamente, ni parar de improviso. Deben arreglarse en todo á los movimientos del que salta, y evitar que por su descuido, si es que no hay algo de malicia, se le enrede la cuerda entre las piernas y dé una caída peligrosa.

EL MULO.

(FABULA.)

Dióle á un mulo cebada
El buen Zibulo,
Y una coz como un templo
Largóle el mulo.

*La gente innoble
Por el bien que recibe
Devuelve coces.*